

MEXICO Y D. H. LAWRENCE

POR GUILLERMO JIMENEZ

Genaro Estrada es el único escritor mexicano a quien cita en sus *Cartas* David Herbert Lawrence, y las cuales, con una introducción de Aldous Huxley, acaban de publicarse. Libro interesantísimo, que muestra el alma desnuda del ilustre vagabundo, del escritor atormentado que con James Joyce figura actualmente en la primera fila de las letras inglesas.

En la biblioteca de Genaro vi por primera vez, hace muchos años, el retrato de Lawrence —gran retrato en marco de plata—, quien en aquella época vivía a las orillas del lago de Chapala.

Lawrence parecía un ermitaño, barbudo y lamentablemente delgado; sus ojos tenían un brillo a veces arcángelico y otras veces satánico. Su origen humilde, su infancia dolorida y pobre y su altísima sensibilidad le daban, sin duda, estas dos personalidades.

Hijo de mineros, David Herbert nació en Eastwood, cerca de Nottingham, el 11 de septiembre de 1885. La tierra árida, inhóspita de aquella zona, llena de polvo y de carbón que ennegrece las rosas y la nieve, el campo que tiene un olor a subterráneo, ejercen una influencia melancólica y amarga en el alma del futuro gran escritor y nace en él ese deseo ardiente, subyugador, de recorrer el mundo para vivir en tierras de sol, en campos olorosos a hierbas frescas, para respirar aire puro, límpido.

De niño fué muy enfermizo, muy delicado, a lo que se debió que fuera intensamente mimado por su madre, lo que contribuyó a que se desarrollaran en él mentalidad y modales femeninos. El mismo caso de Oscar Wilde, aquel infortunado "Rey de la Vida", a quien hasta la edad de diez años su madre lo hizo llevar vaporosos, lindos vestidos de mujer. De ahí le viene a Lawrence esa delicadeza que él señala recordando que muchas veces, lleno de angustia, lloraba sin saber por qué.

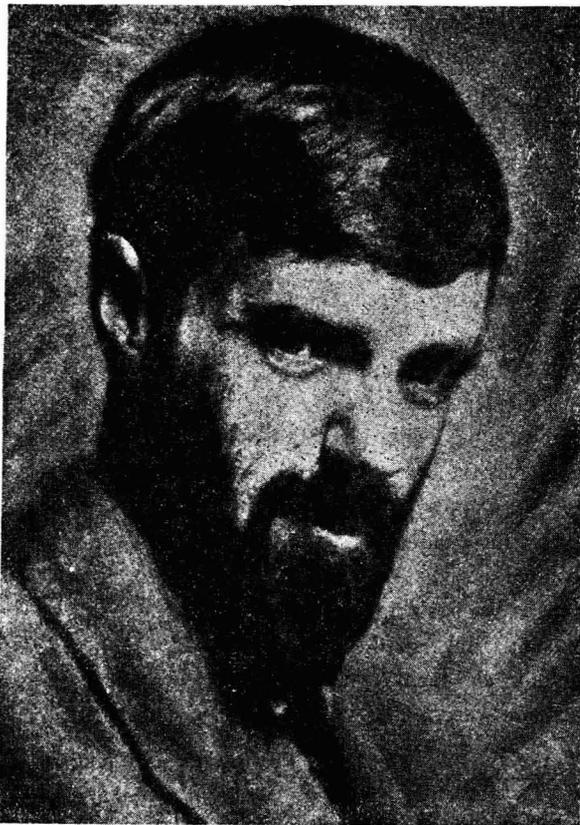
La madre de Lawrence fué una mujer refinada que, según los biógrafos, leía a Meredith y hablaba un excelente inglés. El primer amor de ella fué un maestro que la cambió por una viuda rentista. A los veintitrés años, se enamoró por segunda vez de Arturo Lawrence. La vitalidad llameante y sensual de este hombre, con su dulzura sombría y dorada; esta vitalidad que brota de su carne como la llama brota de las bujías, le parecía una maravilla: "¿Es usted minero?" — le decía ella con negligencia. Y él contestaba: "Cuestión de hábito." Vivía como los ratones y ella no se había dado cuenta de que se casaba con la Mina. La mina, es decir, la mugre obstinada y el dialecto, a través del cual se reciben incomprensibles injurias. Sin embargo, no es mal hombre Arturo Lawrence. Cuando ella muere, después de treinta años de terribles querellas, declara: "He tenido la más maravillosa mujer del mundo; no quiero otra."

Ante todo y por encima de todo, David Herbert Lawrence amó a su madre y conoció por ella, desde los primeros años, lo que él buscó durante toda su vida: "la flor misma del amor femenino, el amor que no pide nada al bien amado sino ser él mismo y aceptar en su vida el don de la ternura".

Lo cierto es que Lawrence creció bajo la influencia de su madre; todo lo veía a través de ella, es decir, con ojos de mujer.

Más tarde —escribe Charles Duff—, en el transcurso de la vida de David aquellos tempranos sentidos femeninos se hicieron instinto en él y formaron parte de su ser; por ello, en todos sus libros sus heroínas están dibujadas con infalible habilidad y en cambio sus hombres son verdaderas sombras, pálidos fantasmas. Una mujer norteamericana, al comentar *Lady Chatterley*, dijo que Lawrence, en este libro, hizo en favor de las mujeres lo que Abraham Lincoln hizo por los esclavos.

Sin embargo, no debemos olvidar que *Lady Chatterley*, lo mismo que el *Ulises* de James Joyce, fueron prohibidos en Inglaterra y sólo circulaban en ediciones clandestinas. Los severos críticos ingleses encontraron altamente inmoral el argumento de Lawrence, reconociendo, sin embargo, que



D. H. Lawrence

ningún escritor del momento, incluyendo a los franceses, ha relatado un amor ilícito con mayor fuerza y, sobre todo, con menos hipocresía.

Aldous Huxley, en la introducción que escribe para las *Cartas* de Lawrence, asegura que habrá pocos documentos íntimos que revelen de una manera tan íntegra y viviente el nudo central de un hombre. Difícil sería, sin ellas, tener una exacta idea de la honestidad aterradora, de la auténtica, de la desgarradora experiencia, del hondo significado religioso que llevó a Lawrence por los caminos palpitanantes de la tierra.

David Herbert viaja por el norte de México, vive en Chapala y recorre el Estado de Oaxaca. No, no son muy agradables los adjetivos que pone en sus cartas para juzgar la situación mexicana de aquella época. Estas misivas fueron fechadas en 1924.

"Estamos aquí —escribe de Oaxaca—, desde hace una semana. Nos zarandeamos en un pequeño

tren a través del solitario y abandonado país. Desde aquí sólo hay doscientas cuarenta millas a la ciudad de México. Oaxaca (pronuncie Wá-ha-ka) es una pequeña ciudad asentada en un ancho valle rodeado de montañas, un poco solitaria y perdida. El país está constantemente en convulsión. Han llevado a todas partes una especie absurda de socialismo y los indios zapotecas son muy feroces. Hoy es el día de la feria principal. Una Babel y confusión de gentes sucias. Cantidad de rosas, de malvas, acolchados, cerámica primitiva muy bonita, becerros, pájaros, verduras; compramos unos bellos sarapes y unos artísticos vasos de barro. Este invierno terminaré mi novela «Quetzalcóatl». El mundo me da náuseas cuanto más lo veo. Es decir, el mundo de las gentes. Este país es hermoso, el cielo es perfecto, azul y cálido todos los días y las flores se suceden rápidamente."

En otra carta dice: "Garnio está en Yucatán con los excavadores del Instituto Carnegie; y ahí en Chichén-Itzá, inclinándose hacia los muertos, en vez de preocuparse por los vivos. Le acabo de escribir a Genaro Estrada, del P. E. N. Club de aquí. Le haré saber cómo es cuando lo conozca, pero nada espero de esta ciudad. Siento que hay en todos un poco de fraude, con su bolchevismo egoísta. Por aquí, en Oaxaca, hay sarapes muy bonitos; le he echado el ojo a uno blanco que es muy hermoso: blanco con dibujos marrones."

Le fascinaban a Lawrence las flores mexicanas. En *Mañanas en México* (traducción de Octavio G. Barreda, México, 1942), escribe una página admirable: "Hoy es el último sábado antes de la Navidad. Se presiente que el próximo año será trascendental. Sopla aire desde el amanecer sacudiendo las hojas. El sol naciente brilla por el resquicio de una nube amarillenta; y de golpe hiere las flores amarillas que asoman por la barda del patio, y la oscilante magenta de las bugambilias y las violentas explosiones de las *poinsettias*. Las *poinsettias* son hermosísimas, son flores muy grandes y de un rojo inmaculado. Aquí son llamadas nochebuenas, flores de navidad. Estos penachos arrojan su escarlata atrevidamente, a la manera de pájaros rojos que vibran en la brisa del alba y fueran a bañarse, agitando vivísimamente todas sus plumas. Estas flores para la Navidad, en lugar de los laureles sagrados. La Navidad parece que exige heraldos rojos. La yuca es más alta que la casa. También está en flor, dejando caer una rama de campánulas amarillentas — largos racimos de espuma. Y estas corolas de cera que quiebran sus tallos en el viento, caen silenciosamente del largo racimo que apenas se mueve. Las malváceas, de un color rosa, mécese en las puntas de las delgadas ramas, en rosetones de tierno rojo. Un árbol del género de las acacias translúcidas asoma en su copa blancos dedos de flores, desnudos en el azul del cielo."

Ojalá se publicaran las cartas que Lawrence envió a Genaro Estrada, para completar este alucinante epistolario.

El amargado "judío errante", el gran escritor inmoral que siempre quiso ignorar la palabra tuberculosis, murió en Vence, Francia, el 2 de marzo de 1930.